

JUFRESA, Montserrat (ed.)

*Saviesa i perversitat: les dones a la Grècia Antiga*

Barcelona: Destino, 1994, 146 p.

Bajo este título tan sugerente se agrupan —en excelente traducción catalana— cuatro conferencias que fueron dictadas hace poco más de un año, en marzo de 1993, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona. Dichas conferencias formaban un ciclo que llevaba por título «Aspectes d'una saviesa femenina a la Grècia Antiga».

No es mi propósito aquí indagar los motivos que han llevado a presentar estas cuatro contribuciones tan diferentes entre sí bajo un título que en buena ley se ajustaría tan sólo a la primera de ellas — si bien a nadie se le escapa que las mujeres venden más cuanto más perversas sean—. En mi opinión, esta perversidad no sería sino un aspecto más de aquella *saviesa femenina* a la que intentaba acercarse el ciclo al que acabamos de aludir.

El libro se abre con un prólogo de Montserrat Jufresa. En él se trazan las líneas maestras que articulan los cuatro capítulos y que confieren a este libro una unidad que podría pasar desapercibida precisamente por los muy diversos enfoques que aplican nuestras autoras. La sociedad griega de época clásica consideraba a la mujer un elemento importante, si bien procuraba mantenerla en la esfera privada, o, dicho de otro modo, en los márgenes de la sociedad. De ahí que resulte prácticamente imposible acceder a los individuales reales. Ahora bien, en la que sin duda constituye la manifestación literaria más importante de esta época, la tragedia, los personajes femeninos aparecen ampliamente representados, a las heroínas trágicas se les permite expresarse libremente, sin excesivas cortapisas. Curiosamente, en una sociedad que condena a sus mujeres al silencio, la escena del teatro se llena de mujeres que prestan su nombre a unas obras compuestas por hombres, que son

representadas por actores varones ante un público igualmente masculino. Aun a riesgo de simplificar, podría decirse que, desde que el mundo es mundo, los hombres, cuando se quedan solos, tienen un tema favorito de conversación: las mujeres. Gracias sobre todo al teatro no nos son ajenos los nombres de Medea, Antígona, Clitemestra, Casandra, Fedra... Sin duda se trata de mujeres excepcionales, mujeres que de un modo u otro escapan a la norma, mujeres que poseen algo que el común de las mujeres griegas de la época no posee: voz. Es por ello por lo que nuestras autoras intentarán aproximarse a la mujer como sujeto de «sabiduría» a través del universo de representaciones que nos ofrece el mito y, muy en concreto, la tragedia.

La vinculación de lo femenino con el «mal», la caracterización de la condición femenina como instrumento del mal es algo generalizado en buena parte de las mitologías y religiones. Ello conlleva la exclusión de las mujeres del dominio de lo racional y la aproximación de la femineidad al reino del caos y de la oscuridad, por cuanto el mal en general va asociado al desorden y a las tinieblas, por oposición al bien, que se identifica con el orden y la luz. Resulta interesante observar que esta vinculación entre el mal y la condición femenina es ambivalente: es cierto que suscita una reacción de temor hacia la propia naturaleza femenina, pero ello no excluye la existencia de una fascinación por el «mal» en tanto que ámbito de una libertad prohibida, como un espacio en el que algunas mujeres han hallado un paraíso estigmatizado, pero un paraíso al fin y al cabo. Estas mujeres parecen tener unas facultades intrínsecas para el engaño y la intriga. Y por medio de ellas tocan los papeles que tradicionalmente

les son atribuidos en la relación amorosa, es decir, pasan de ser ellas la presa a convertirse en cazador: en esto precisamente consiste su perversidad. Ángela Serra analiza cuatro figuras que en el imaginario griego son sinónimo de la condición femenina sentida como una amenaza: Helena, Circe, Medea y Clitemestra.

Ana Iriarte centra su discurso en la figura de Casandra. Pero no para insistir de nuevo sobre esta princesa troyana en cuanto que símbolo de la falta de reconocimiento público del discurso femenino. Esta autora lleva a cabo un análisis impecable de cómo aparece inscrita Casandra en el contexto de la tragedia griega. Para Iriarte, Casandra constituye uno de los paradigmas trágicos mejor cualificados para explicar el matizado razonamiento que los poetas trágicos despliegan a la hora de presentar en escena la siempre polémica relación entre el principio femenino y el principio masculino. Y es por ello por lo que se centra en la figura de Casandra en cuanto que prototipo de doncella, esposa legítima y extranjera en territorio griego, y, por último, como potencia vengadora.

En cierto sentido, también a Antígona podríamos calificarla de potencia vengadora. Pero así como Casandra vengaba patria y familia a un tiempo, en el caso de Antígona el hecho de decantarse radicalmente por su *genos* comportará el enfrentamiento con su patria, la no aceptación de las leyes de la *polis*. Adriana Cavarero nos ofrece en *Figures de la corporeitat* una lectura de la *Antígona* de Sófocles. En su opinión Antígona encarna literalmente el principio de consanguinidad, oponiéndose así a Creonte, personificación de la *polis*. *Polis* y *logos* constituyen el dominio masculino por excelencia y de él se ve

excluida la mujer. Su ámbito es el de la casa, el de las relaciones basadas no en la razón sino en la corporeidad, en los lazos de sangre que se establecen en el seno del *genos*. Y esta es precisamente la clave para entender la figura de Antígona, quien no haría sino reivindicar los derechos de este espacio.

La contribución de Claudine Leduc sirve de contrapunto a las tres anteriores. Ella estudia la figura de la diosa Atenea, firme defensora del orden patriarcal. Y es que difícilmente puede defender el principio materno, por cuanto el mito explica que nació directamente de la cabeza de su padre Zeus, cosa que la convierte en una figura femenina desprovista de peligro, de perversidad, en el sentido que se ha venido estudiando hasta ahora. En la práctica, nuestra autora se centra en el estudio de las relaciones entre la diosa y el árbol que le es propio, el olivo. No estamos muy seguras de compartir sus tesis, pero, en cualquier caso, su artículo resulta extremadamente sugerente: a caballo entre la filología y la botánica, Leduc hace un estudio comparado de la virginidad de Atenea y de la virginidad del olivo.

Este es, a grandes rasgos, el contenido del libro. Difícilmente una obra de estas dimensiones puede aspirar a dar una visión definitiva del vastísimo tema que se propone. Sus autoras afrontan el problema desde ángulos muy diversos, de un modo muy personal, original, y precisamente es en este detalle en el que creemos que radica el acierto y la penitencia de esta obra. El lector, especialista o no, encontrará aquí una serie de sugerentes lecturas, así como una muestra de las principales líneas de investigación que se siguen actualmente en este campo.

Cristina Serna